



RECORDANDO A MIGUEL ALVAREZ DEL TORO

OSCAR SANCHEZ

El viernes dos de agosto de 1996, abruptamente, Chiapas sufrió un nuevo revés. Pero en esta ocasión no se trató del tipo de noticias a que nos hemos acostumbrado durante los últimos años, relativas a los acontecimientos políticos en el sureste del país. Esta vez Chiapas sufrió una pérdida distinta, pero de un significado también trascendental para la entidad y para todo México. Después de 79 intensos años, la vida se separó de Miguel Alvarez del Toro.

Poco podría agregar para realzar la imagen de quien, a lo largo de muchas décadas, contribuyó de manera decisiva al combate en contra de enfermedades sociales contemporáneas, tales como la ignorancia sobre la vida silvestre y la idea de que la única vía hacia el desarrollo social es la industrialización. Por esa razón, prefiero tomarme la libertad, en esta ocasión, de recapitular algunas experiencias vividas con este singular personaje mexicano.

Miguel, Don Miguel, como siempre se le llamó con respeto y cariño, siempre vivió deplorando la rapiña del entorno silvestre por parte de unos, y la indiferencia hacia esos hechos por parte de otros. Quienes luchan para eliminar esos lastres sociales no solamente requieren una pasión inaudita por el estudio de la vida silvestre sino un espíritu emprendedor y una indomable determinación para proteger el patrimonio natural.

Don Miguel siempre combatió desde una trinchera muy personal. Era un experto para inundar con información valiosa, en muy pocas palabras, a quienes quisieran entender un poco más sobre la vida silvestre. Nunca gustó mucho de la docencia formal; mas bien adoptó, de manera natural, un estilo de enseñar semejante al de la escuela peripatética, fundada por Aristóteles. Como el Filósofo de Estagira, Don Miguel tomaba parte de su tiempo durante las excursiones de campo, o aún de sus recorridos por el Parque Zoológico de Tuxtla Gutiérrez, para comunicar su particular e íntimo conocimiento de la naturaleza y de las relaciones del hombre con ésta. Para los lectores jóvenes, que quizá esperen encontrar aquí la semblanza de un científico que consideró a la vida silvestre como sujeto de estudio, quizá deba aclarar que encontrarán, mas bien, una historia sobre un hombre para quien su vida no podía disociarse de lo silvestre.

Para mí, Don Miguel fue maestro sin proponérselo, situación que otros encontrarán, sin duda, conocida. Supe de la existencia de Miguel Alvarez del Toro en 1969, gracias a un amigo suyo y mío, ya también fallecido: el herpetólogo Jordi Juliá. Jordi me platicó de las maravillas de la vida animal en Chiapas, mismas que la labor de Don Miguel había develado para el mundo. Pasaron cuatro o cinco años antes de que dos de mis deseos se materializaran: uno era conocer el mítico Chiapas y otro, conocer a su no menos legendario explorador, Miguel Alvarez del Toro.

En parte, los relatos de Jordi hacían referencia a un Álvarez del Toro de novela, con sombrero *sarakoff* y todo; por ello, no me fue difícil imaginar el equivalente mexicano de Livingstone en Nyassaland. Por fin, recién llegado a Tuxtla Gutiérrez con algunos compañeros de correrías ví que no me había equivocado un ápice; tanto Chiapas como Don Miguel eran tal como los había imaginado.

Según mis conjeturas previas, a diferencia de exploradores guiados por la fama y la fortuna (como Burton y Speke en Africa), otros como Livingstone fueron más bien misioneros, irremediamente enamorados de la naturaleza y del hombre natural. Para mi beneplácito, encontré en Don Miguel lo segundo y no lo primero, lo que inmediatamente estableció una corriente de simpatía mutua. Algunas cosas más nos acercaron, entre otras la amistad compartida con Jordi Juliá, una incontrolable afición herpetológico-mastozoológica y una alergia, que yo conservo aún, hacia la destrucción causada por la obstinación y la ignorancia.

Mucho ocurrió y se aprendió durante las estancias subsecuentes en el Parque Zoológico y Museo del Instituto de Historia Natural, en Tuxtla Gutiérrez. Tanto, que

el contacto con Don Miguel y uno de sus más cercanos colaboradores, el Ing. César Domínguez (otro gran hombre, fallecido prematuramente), abrió nuestro apetito por colaborar con el IHN en todo cuanto fuera posible. Para 1977, la inminente construcción de la presa Hidroeléctrica de Chicoasén era un hecho, a pesar de que destruiría para siempre el inmenso abismo del Cañón del Sumidero, en cuyo fondo bramaba aún el Río Grijalva. Con el estímulo y apoyo de Don Miguel organizamos una expedición para recorrer el Cañón desde Chiapa de Corzo hasta la catarata que existía cañón adentro. Gracias a él empezamos a conocer el Chiapas agreste y bello, contradictorio y también amenazado por el desarrollo que reclamaban las urbes y la industria. Al regreso, con las mochilas repletas de datos, con fotografías y experiencias nuevas (incluyendo algunas interacciones difíciles con ciertos ingenieros de la hidroeléctrica) platicamos largamente con Don Miguel. El sonreía de vez en cuando y, al final, nos dijo que ya habíamos conocido al dragón. Esto modificó profundamente, según creo, nuestro concepto de la biología y de la conservación. A pesar de esas experiencias y de las advertencias de Don Miguel y de muchos otros, aún habrían de transcurrir más de diez años de lucha colectiva, antes de que México contara con una Ley que limitara la manera desconsiderada en que se habían venido ejecutando obras para el “desarrollo”, con un alto grado de deterioro ambiental.

Por otro lado en Tuxtla Gutiérrez, a mediados de la década 1970-1980, el Zoológico y el Museo ya empezaban a tener problemas en el Parque Madero debido al crecimiento urbano. Para resolver esta dificultad, Don Miguel había pensado desde tiempo atrás en un predio llamado El Zapotal, en las afueras de la ciudad. Nuestro personaje acometió con nuevos bríos el diseño de un nuevo Parque Zoológico de carácter regional, que habría de revolucionar el concepto latinoamericano de este tipo de centros educativos y de esparcimiento. Los encerrados serían los visitantes humanos (en pasillos) y los animales podrían vivir de manera más natural, obligando a los paseantes a aprender observando, que no es lo mismo que mirar pasivamente, según decía Sherlock Holmes a su asistente Watson (frase que por cierto, Don Miguel tomaba prestada frecuentemente de Sir Arthur Conan Doyle). Esa etapa da cuenta, nuevamente, del infatigable empuje de Don Miguel. También muchas áreas de Chiapas, hoy protegidas por la ley, deben su existencia en buena medida a la visión, siempre alternativa y previsor, de Miguel Álvarez del Toro.

Sobre su obra escrita, puesto de manera sencilla, Don Miguel dotó a Chiapas con un patrimonio permanente de información sobre fauna silvestre, que continúa siendo ejemplo a nivel nacional, y aún para otros países de América Latina. Su obra sobre mamíferos ha sido el punto de partida para lo mucho que hoy se ha escrito al respecto. Otro tanto hay que decir de lo que produjo sobre aves, reptiles, arañas y otros temas. Aun cuando nunca pudimos publicar juntos nada relativo a los mamíferos, sí lo hicimos con respecto a algunos reptiles de Chiapas, lo que para mí fue un honor extraordinario. Don Miguel nunca pretendió ser el especialista en tal o cual disciplina;

yo diría que más bien nunca pudo -ni quiso- limitar su curiosidad a un solo campo de la zoología. Tal era su sed de conocimiento, que no tuvo tiempo para dedicarlo a una educación académica superior formal, escolástica. Muchos detractores suyos arguyeron (por años) que el trabajo de un naturalista autodidacta no era, estrictamente hablando, ciencia. Sin embargo, el esfuerzo desarrollado por Alvarez del Toro trascendió igual, o más, que si él hubiese sido un afanoso perseguidor de títulos o grados académicos. El tiempo dio la razón a quienes defendimos su posición, pues finalmente la Universidad Autónoma del Estado de Chiapas le otorgó el grado de Doctor *honoris causa*. ¡Feliz aquel humano que puede dedicar sus años a la labor que le apasiona, sin pretensiones e histrionismo innecesarios!

Para Don Miguel el trabajo cotidiano era placentero, excepto por el permanente acecho de las tareas burocráticas, que siempre aborreció. No obstante, resistió por más de 40 años los embates de estas obligaciones, inevitables en la vida del Director de una institución y logró poner en práctica muchos de sus proyectos. Cuando la vida (que en mi opinión es todo aquello que nos sucede mientras planeamos que hacer) nos fue llevando por distintos rumbos, mi amistad con él y con su familia siguió tan cálida y firme como siempre. Ví por última vez a Don Miguel en 1994, cuando participamos juntos en una consulta anual en Tuxtla, acerca de las disposiciones que controlarían la caza deportiva para la siguiente temporada. Para no variar, insistimos en que el hombre puede utilizar la vida silvestre sin mayores problemas, en tanto no destruya el entorno natural y en tanto fomente su existencia ininterrumpida. Don Miguel ya no se sentía del todo bien para entonces y quizá eso motivó que, en privado, comentáramos nuevamente acerca del futuro de la conservación biológica en Chiapas. Recordamos años ya idos y coincidimos en cuán difícil resulta, como individuo, recrear las etapas anteriores de la vida; especialmente cuando al regresar al lugar de alguno de nuestros recuerdos, éste ya no existe. El daño a la naturaleza no solo tiene un impacto grave a nivel social y de nuestra sobrevivencia como especie; es una agresión a la estabilidad psicológica de cada persona, especialmente para quienes nacimos y crecimos entre gente del campo. Retomó Don Miguel entonces -palabras más, palabras menos- lo que expresó en 1990 en los párrafos finales de su libro **¡Así era Chiapas!**: “Es la última oportunidad de salvar algo de México y de Chiapas, mas el gobierno no puede hacerlo todo, es necesario que cada habitante comprenda que debe cooperar si queremos preservar la vida, nuestra vida y la de nuestros descendientes. Terminaré haciendo votos porque se pueda vencer la incomprensión y la ignorancia populares y también la abulia, desinterés y demagogia de los funcionarios. Ojalá que también quienes aplican la política agraria, finalmente comprendan el daño que hacen al país, y al mundo, con su falta de sentido común y su carencia de interés por la vida futura colectiva, al autorizar la fundación de colonias y ejidos en regiones sólo aptas para el crecimiento de la cubierta forestal; muchas veces incluso sin respeto a las áreas decretadas para la sobrevivencia de la diversidad biológica.”

Escribo esta remembranza después de compartir con Becky , y a través de ella con Hebe, con Federico Alvarez del Toro y con Clementina, nuestros sentimientos de solidaridad y apoyo mutuos por la pérdida de quien yo considero un padre compartido. Lo escribo poco antes de que, como él lo dispuso, sus cenizas sean esparcidas sobre la Selva de El Ocote y esto me deja la sensación de que el espíritu de Don Miguel no sólo se extenderá sobre El Ocote, sino sobre Chiapas, sobre todo México y más allá.